

PREGON

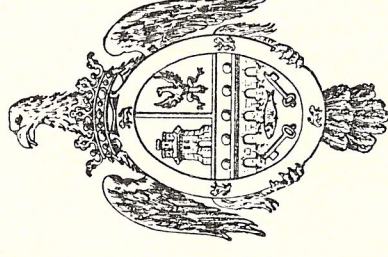
de la Romería de la Stma. Virgen de la Cabeza

PRONUNCIADO POR EL EXCMO. SEÑOR

DON JUAN MANUEL PARDO GAYOSO

GOBERNADOR CIVIL Y JEFE PROVINCIAL DEL MOVIMIENTO DE JAEN

en solemne acto celebrado en la ciudad de Andújar
el día XXI de abril.



AÑO

MCMLXVIII



Santa María de la Cabeza
Cumbre Celeste y Heroica
de
España

Pregón de la Romería
Año 1.968

EXCMOS. SEÑORES:

Hay, en la Geografía, un algo que la humaniza o la diviniza según la trayectoria o la ambición del hombre que pisa la tierra. Justo es decir que la tierra es nuestro habitáculo, pero justo es decir también, que el hombre decora su jaula bien con el lodo que se le pega a la sandalia, bien con la estrella que trae pegada a los ojos. Porque la Geografía, sin el hombre, no es nada. Parece mentira que el macrocosmos, no sea nada sin el microcosmos, y que el hombre, que es lo mínimo, categorice lo máximo y le dé el temblor que a él le dió Dios, comunicando a la geo, el temblor de la psiquis, de tal modo, que una roca milenaria puede volverse actualidad temblante solamente con que el hombre la mire y la impregne de humana emoción.

Este es el milagro de lo humano, tan cerca de la omnipotencia divina que casi diríamos que participa de ella. Por algo dijo Cristo aquellas palabras tan

poco meditadas por nosotros y tan profundamente omnipotentes: «Si tenéis fe, moveréis las montañas», que traducido a un lenguaje más nuestro, menos parabólico, podría enunciarse diciendo: «Si tenéis fe, reharéis la Geografía». Quiere decir esto, —o querremos nosotros decir—, que la Geografía está llena de substancia teológica, ontológica más bien, y que un movimiento interior de alma, puede y sabe trazar un mapa en el que se distinguen los infinitos caminos que llevan a Dios.

Dios es el planisferio infinito; Dios es un delirante itinerario que lleva a una meta también definitiva: ¡El!. Es decir, que aquello de «Ego sum Via», —yo soy camino, equivale a un «Ego sum finis», porque milagrosamente, ontológicamente, el Camino es tanto como el Fin, cuanto el Fin es el Camino.

¿En qué punto principia Dios? ¡No; en el principio no, porque El sería finito si comenzase en el principio. Al principio, fue el Verbo, pero el Verbo, aunque es Dios, es teológicamente una consecuencia de Dios.

¿En qué punto acaba Dios? Dios no tiene acabose, porque acabar es limitarse y toda limitación es incompatible con la eternidad suma y rezuma... ¿Y, entonces, la Geografía? La Geografía hay que admitirla como la palma de la mano de Dios, extendida,

abierta, que nos ofrece la dádiva del mundo, donde los ricos pintan sólo venas de agua azul; donde las cadenas montuosas no son más que escoriaciones minisensibles en la piel de la omnipotencia sin corporeidad; donde los mares océanos son, apenas, un breve sudor de los dedos que no conocieron nunca fatiga creadora... Geo, casi equivalente a Teo, y de aquí la explicación del hombre adorando la naturaleza, como primera adoración, porque ella le transparentaba la divinidad, sin llegar al panteísmo, que es tomar a la naturaleza por Dios, sino hallando a Dios en la naturaleza, que es como ascender al misticismo antes de que los místicos descubrieran, —como Juan de la Cruz—, que Dios está en la noche estrallada, o que la noche estrallada es el módulo de la vía unitiva para llegar a Dios.

¡Oh noche que guiaste,

oh noche, bella más que la alborada...

¡Oh noche, que juntaste

Amado con Amada,

Amada en el Amado transformada...!

El secreto de la Teo-Geografía, es juntar el Amado con la Amada; es transformar a la Amada en el propio Amado.

Hay que saber dar a la Geografía, una profundidad netamente teológica. O, quizá también, —acaso me-

jor—, intentar que la teología tenga una latitud geográfica; que se despegue un poco del cielo para pegarse a la tierra; que los Arcángeles no sean meta-teoros centelleantes que crucen la intangible metafísica del cielo, sino que adquieran formas idealmente mortales de peregrinos, de pastores, de caminantes, de trotamundos, para que el milagro nos sea visible, audible, táctil, y podamos hallarnos, —de manos a boca—, con seres sobrenaturalmente naturales, que teologicen la Geografía o geografién la teología, como aquel Ángel caminante que hizo camino con Tobías y sacó el pez de hiel curadera de lo oscuro del río; o como el peregrino romero y gafo que pidió caridad de limosnera a Mío Cid Rodrigo Díaz de Vivar, y que no era otro más que el Señor Santiago, —¡mi alto Patrón Compostelano!—, probador de corazones sensibles a través de las corazas y las mallas campeadoras; o como el indio Juan Diego, en cuyo zarape mejicano, con colores de guacamayo azteca, se tintó el rostro de Santa María de Guadalupe; o como el nuestro pastorcico de Colomera, halló el 12 de Agosto de 1227, la gracia morena de Santa María de la Cabeza para bien de la Teo-Geografía de España, que alzó su cabeza en el Cerro del Cabezo de Andújar, asentando la enorme verdad de que «la fe mueve las montañas», y haciendo del Evangelio que parecía vía hermélica y teorética, un puro itinerario

hispanico que partiendo de Zaragoza —punto de partida de la Teo-Geografía hispánica—, venía a estos meridianos andujareños, como si quisiera pagar los viejos fervores de Iliturgis, con esta señalización virginal que por obra y gracia de un pastor angélico —o de un angélico pastor—, colocaba frente al ante-mural de la sierra que daba cara al Andalus, la maternidad vigilante de María, que por asentarse en el Cabezo, iba a ser como la «Cabeza» rectora y regidora de una España que se desbordaba hacia el sur en el más hermoso de todos los ímpetus evangelistas que anota la historia de la cristianización del mundo.

Por la Teo-Geografía, hemos llegado al punto neurálgico de las Andalucías: ¡Andújar!

Ser punto neurálgico de las Andalucías, significa una categoría de ser y de estar, que sólo se explica por una celeste elección; por una deífica delectación. Andalucía es como una «summapatria». De todo lo original, ella sólo es lo universal; de todo lo universal, sólo ella es lo regional infinito. Podemos decir esto, por nuestra no condición de andaluz, que afina mucho más nuestra percepción para definir lo que no es nuestro; para valorizar lo que no es nuestra herencia, aunque sí nuestra querencia. Andalucía es la quinta esencia de la españolidad y, por lo tanto

la quinta esencia de la eternidad. Hay como un arco de civilización milenaria que yendo de Este a Oeste, afila una de sus puntas en Adra, —que ya era milenaria cuando la pisó Aníbal—, y afila la otra en Onuba, la vieja tierra tartésica donde están frescas aún las huellas de los pies descalzados de los nietos de Noé. Abajo, Cádiz, importaba bailarinas fenicias a la Roma de los Etruscos. Arriba, Sevilla, sembraba sus primeros naranjales con pepitas de naranjuel que provenían del jardín de las Hespérides. Más arriba, Jaén, levantaba dólmenes y horadaba cámaras sepulcrales, en cuyos lacrimatorios hay de cantadas sales de pupilas celtibéricas. Los viejos idolillos de las tierras de Santa Elena, suponen la más profunda incursión en la negrura de los tiempos ante-históricos.

Toda esta Geografía, ¿no tiene un punto de contacto fielmente visible con la Teología...? Tiempo en que dioses y hombres se confunden; mejor, se funden, para dar a esta tierra y a este clima, esa dualidad divina y humana que le presta un atractivo confusional; una pulsación celeste y terrestre por la que el corazón de Dios se terrifica y el corazón del hombre se deifica, formando de esta amalgama, la singularidad geográfica y teológica que, denominándose Andalucía es algo que anda y que luce; es decir,

marcha del hombre hacia lo infinito atraído y guiado por la estrella que luce en el cenit de su eternidad...

Pues he aquí que esa estrella que luce —¡Stella matutina!— cae encima del Cabezo de Andújar y se erige en «Cabeza» luciente de las Andalucías...

* * *

¡...No sabes, Andújar, como yo, —hombre de otras latitudes, pero con el corazón desparramado por toda mi España, que no en balde nací allí donde la Vía Láctea va a coserse a la túnica apostólica del Señor Santiago— no sabes como yo, Gobernador Civil de esta Provincia de Jaén en el nombre de España te agradezco el honor que me dispensas de ser anunciador, otro año más, de la luz de eternidad que luce y reluce sobre tu «Cabezo»... Tú haces, que toda mi Geografía, dé un salto y se remonte a otra esfera en que la tierra no pesa y en que los Pastores de Colomera se truecan en un cogollo de alas que cantan la antífona de Gabriel en el cielo nazareno: ¡Ave María Gratia Plena...!

...Tú haces que por una vez, mi gobierno no sea gobierno de este mundo geográfico y político, sino de ese otro anímico que tú centras; mundo metafísico, poético, legendario, místico y emocional, en el

que los romeros avanzan guiados por unas leyes escritas en retazos de azul celeste, sin más estatutos que la voz de las campanas vocingleras; sin más líderes que el raso de los estandartes y la oriflama de los sinpecados; sin otro itinerario que el escrito en la tierra por el paso de cien generaciones que dejaron rengloneado un sendero sobre el cual se puede leer, como en un alfabeto interminable todas las súplicas, todos los anhelos, todos los amores, todos los ensueños, todas las esperanzas; esos gritos que son el despegue del hombre de su suelo, —de su geografía—, para entrarse en la heredad de su cielo —de su teología—, que sólo se gana a fuerza de desgastar la carne en los breñales y afilar las alas en el esmeril inmaculado de lo celeste, punto de cita para las almas depuradas...

A ti te debo esto, y en mí quedará siempre la memoria de esto, Villa geo-teológica de Andújar... Hablar en un Paraninfo, en un Senado, en unas Cortes, supone siempre una limitación. Hablar en ti, una suponeración... Cualquier sitial, es siempre infinitamente menor que tu «cabezo»; cualquier empresa, por ambiciosa que sea, siempre menor que esta empresa que tú me encomiendas, de que pregone el SETECIENTOS CUARENTA Y UN ANIVERSARIO de tu mariología, que no es más que la parte infinitesimal de tu Teología, porque sólo esta saturación

teológica que te viene de tiempos apostólicos, —de aquella barba florida de Eufrasio, olorosa aún a los nardos que se derramaron en el Cenáculo— sólo de aquella densidad teológica que te hace ser «cabezo» geo-teológico de las Andalucías, puede desprenderse el milagro de la aparición Virginal, concordante con la era de San Fernando, que es quien inicia la unidad nacional bajo el signo de Santa María, a quien ya, en romance incipiente, se loaba en coplas de juglaría, con acompañamiento de vihuela y zanfona:

Sancta María...

Luz del día...

¡...Tu me guía...

Toda vía...!

...Gracias, pues, Andújar, por esta singularidad que me haces; por esta oportunidad emocionada y devota que me das. Mi dignidad gubernamental, aquí se convierte en igualdad de hermano. Tu cántaro de agua fresca aplaca también mi sed romera. Tu Hermandad, ensancha mi hermandad. Tu creencia robustece mi fe. Tu alegría, letifica mi sangre. Tu voz, me da voz. Tu Santuario, santifica mi deseo. Tu poseía, enaltece mi prosa. Tu anhelo místico, hace ponerse en puntillas a mi corazón por ver si alcanza tu «Stella matutina». Tus vivas generacionales, avivan las mías que viven, así como tus muertos llaman a capítulo a mis muertos; que no en balde, la gente de mi gente bajó por estas tierras de Jaén, al filo de las Navas de Tolosa en los años heroi-

co-legendarios de 1212, cuando faltaban sólo unos instantes para el milagro de la Virginal aparición —1227—, y un Juan Pardo, Capitán de mi casta y de mis fueros, entró con sus teas encendidas en las cercas del Miramamolín, y aquella noche anterior a la batalla, y anterior en VEINTE AÑOS a la fulgurante noche de las candelas y los címbalos, Juan Pardo, con sus resinas ponía un milagro militar y heroico en la noche Andaluza, y desde entonces van en el escudo de mi linaje las teas encendidas que ardieron en la mano de mi remoto bisabuelo, iluminando la noche de las Navas, sin cuya antecedenencia no hubiera sido posible, en lo humano, el sorprendente prodigio de luces y campanas que anunció la aparición de la Señora Santa María...

Por todas tus gentilezas, tierra de Jaén que ayudaron a conquistar mis antepasados, te doy gracias enamoradas y largas, que sólo pueden tener final cuando postrado de hinojos ante la imagen de Santa María de la Cabeza, —¡imagen morena— con la plena morenez de los soles andaluces!— pueda decir a Ella, lo que a ti, Andújar, a vosotros, Andujareños no puedo ni debo decir:

—¡Dignare me... laure Te... Virgo Sacrata...!

—¡Da mihi virtutem contra hostes tuos...!

* * *

—¡Hostes tuos...! —...¿Y quiénes, Señora, pueden ser tus enemigos?... Los montes te aclaman, como gritos quietos que dicen ¡Madre!... los boscajes te rodean con una densidad de labios verdes que dice, ¡Madre!... Cada olivo retorcido, es un enorme lampadario que destila un óleo cuya llama será una lengua de oro que diga, ¡Madre!.... cada oropéndola; cada mirlo; cada zorzal, pía y canta un loor que se repiquea con un dulce trino, ¡Madre!... Cada villa se encala y se adorna para ser inicial en un alfabeto que sólo dice, ¡Madre!... Cada romero, deja de ser criatura mortal, para hacerse voz traspasada que sin cansancio, por leguas y leguas, repite el dulce nombre, ¡Madre!... Y la piedra; y la campana; y el arroyo; y la nube; y el viento; y la estrella primera y la estrella última; el primer aire y el último soplo, todo, —topografía, orografía, geografía, teología, y la suma de todas las cosas: ¡poesía!— sólo y consistentemente dicen: ¡Madre!... ¡Madre!... ¡Madre!...

Andújar, recoge este grito, esta modulación de alma, y la acerca a Ti, por cuenta-kilómetros de andadura... —¿Y qué son cuenta-kilómetros de andadura para el vuelo de la fe?... Tu Santuario, es como una enorme concha resonante, toda llena con un zumbido de mar de alma... ¡Porque como un mar, vienen aquí las almas!

...Se despueblan las villas y los caseríos... Por los caminos viene una multitud innumerable que no cuenta las horas ni la fatiga, porque al final de tiempo y cansancio, estás Tú... Decía Goethe una frase admirable que parece que está dedicada a Ti, Señora, y a tu Romería: —«Nadie se cansa cuando el olor de la rosa está cercano»... La rosa, eres Tú... Rosa te llama la letanía lauretana, pero rosa y clavel y jazmín y bugambilia, te llaman las bocas andaluzas de los romeros que se acercan a Ti rezando por pí-ropos...

... La Virgen de la Cabeza

es una espiga de trigo

... Caminando, voy con Ella

y en llegando, está conmigo...

Está en llegando, antes de llegar, después de llegar.
Si sólo estuviere en llegando, la fe se quedaría corta;
pero la fe se alarga antes de llegar y después de partir...

... La Virgen de la Cabeza

es una espiga de trigo...

¡No me la dejo en la ermita
porque se viene conmigo...!

¡Claro que va y que viene, en el alma encendida
de fe de todo romero...! La Virgen es como una Hostia, que cuanto más se da, más se multiplica en su

propia especie... ¡Hostia-Madre, que se comulga también en una levadura de flor de harina morena que no tiene acabose!

...Es encantadora la historia del pastorcico de Colomera. De todos modos, sería corta, limitada, anecdótica, si no se repitiera en cada uno de nosotros. Tenemos necesidad de trocar en categoría personal lo que fue anécdota pastoril del siglo XIII. Casi todas las apariciones Virginales, tienen la misma génesis, y esto es la anécdota; pero unas pasan y otras no, y este no pasar, es la categoría. En la categoría está la esencia del milagro. Cuando se queda en anécdota, no hay pervivencia sobrenatural. Los hombres son los que milagrizan, porque ellos son los que con su perseverancia, crean la categoría.

EL Dr. CARLOS DE TORRES LAGUNA, en su HISTORIA DE LA CIUDAD DE ANDUJAR Y DE SU PATRONA, LA VIRGEN DE LA CABEZA, sienta una categoría en la que se percibe la palpitation del milagro. Es la fundación de la COFRADIA DE HIJOSDALGOS DE ANDUJAR, bajo la advocación de Nuestra Señora en su Natividad, que datando de los días de San Fernando, asegura el culto reglado y ordenado de Santa María de la Cabeza, con un ordenamiento tan singular, tan caballeresco y tan monástico; tan hispánico y tan ecuménico; tan mis-

tico y tan ascético, que por sí solo constituye un modelo perfecto de Hermandad cívico-religiosa, tal y como se concebía la unión del hombre por los lazos de Dios en los siglos en que se manuscribían los códices, con viñetas iluminadas y transparentes como vidrieras.

«Erad todos los homes que hoy viven y que vivirán, conos Fray Bernardo de Aguilera, Comendador de la Sancta Orden del Temple de Jerusalem, y Vicente Arias, Simón Pérez de Cea, Gonzalo de Saldaña, Garci Pérez de Vargas, Gómez Díaz, Ruy Velez de Garnica, Diego de Fitero y su hijo, Ruy González Camacho y Pedro de Priego Escabias, todos vecinos y habitantes de la Villa de Andújar, movidos a caridad y a fiel amorio, decimos:

«—Que ordenamos que entre nos y para los después de nos que esta Hermandad y Cofradía quieran seguir:

La cual se diga de los Caballeros Hijosdalgos, por ser hecha para tales personas, la cual sea en honor de Nuestra Señora Santa María y su bendito nacimiento»—.

—¿Verdad que parece que estamos leyendo alguno de los Ordenamientos de las Siete Partidas, con todo

el sabor y la dignidad que corresponde a la legislación de los grandes hechos de España?.

«—Ordenamos y decimos que, ante todas las cosas, siempre se acate el servicio de Dios Nuestro Señor y el Rey Don Fernando, al cual Dios, por su merced mantenga, y después de los otros reyes que vinieren, se les guarde la lealtad que se les debe, con pro-mesa de que ello se haga»—.

Salimos del concepto teo-geográfico para encontrarnos con el hecho teo-político, que es quien vá a informar toda la sustancia del medievo, impregnado con la idea de Dios a los hombres, —de Dios en su encarnación de poder temporal,— cuanto antes había estado impregnado de la idea geográfica del mismo, —panteísmo místico, que es la ráfaga ondulante y ululante que pasa por el seno de las geografías antes de que éstas lleguen a humanizarse.

Para Teilhard de Chardin, solo por el puente teo-geográfico, llega el hombre a la estabilidad teopolítica. El hombre se adiestra en hermandad ante la contemplación, consciente o inconsciente de los fenómenos siderales traspasados por la más fiel de las hermandades. Antes que el jesuita francés, lo había predicho el filósofo negativo Nietzsche, que soñaba en el «superhombre», sintiendo el tirón de

la divinidad, impulso que pretendía negar a fuerza de afirmaciones. —«¡Oh cielo que estás sobre mí! ¡Puro; profundo; abismo de luz...! ...Contemplándote vibro en deseos divinos... Elevarme a mi mismo hasta tu altura: ¡esta es mi profundidad!... Escondeme en tu pureza: ¡esta es mi inocencia!».

La enorme pureza, la dulce inocencia que anhelaba el negativo Nietzsche, la encontramos en el cielo andujareño el 12 de Agosto de 1912. ¡Es la pureza y la inocencia de la aparición!

Llamea, en el cielo, un prodigio de luces... ¡Que profundo abismo de luz!, diremos nosotros con más exactitud que el filósofo alemán... Sobre la luz, pasa un lírico vibrar de campanas de bronce; detrás de estas vibraciones, fundiéndose con la celeste luz, el hueco de una peña se abre como tabernáculo que recoge la celeste simplicidad de la Madre de Dios... Pero la fe hubiera quedado aislada y confinada en la teo, o, cuando más localizada en la geo, si el pastorcico de Colomera, no acude a la «polis», que no es otra cosa que la Andújar medieva, dentro de la cual latía, después de casi mil años soterrada, la raíz mariológica de Iliturgis, ya que Eufrasio, primer infulado iliturgitano, alcanza a ver el prodigio de la predicación Santiaguista, y, quizá, forme parte del coro apostólico de los nueve discípulos que oyen, a orillas del Ebro, el latido de las

alas angélicas traslaticias de la dulce efigie de Santa María, que, por obra y gracia de la columna amarrada había de llamarse para siempre, Santa María del Pilar.

¡Eufrasio, el Obispo Iliturgitano que viene a reposar definitivamente en tierras lucenses, y encuentra sepultura en el Valle de Mao, arropado para siempre por la tierra húmeda de Galia, que le cubre los oídos mortales para que no escuche los pasos de Almanzor, que baja triunfante de Compostela, después de haber hecho comer a sus caballos trigo consagrado sobre las propias aras de los altares; después de arrancarle al aire los vasos de bronce de las campanas, —las mismas que había hecho fundir Alfonso II el Casto—, para bajarlas camino abajo de España, hasta la verde Mezquita Cordobesa donde habían de colgarse, como cabezas degolladas, llenos de aceite musulmánico, para que ardiesen bajo las estuquerías sensuales del Mirab... Eufrasio, que, hasta 1912, —¡ayer; casi ayer!— conserva su cuerpo episcopal, en cuya fecha, —ese 1912, recuerdo,— su cabeza, como preciada reliquia, se deposita en este Andújar que le había dado Mitra, y a quien ahora se le devuelve el soporte de unos huesos, donde aún se percibía la huella del óleo de su consagración!.

—¿Cómo sería la «polis» andujareña en los tiempos de Fernando III de Castilla y de León?... Avanzamos hacia la universalidad del goticismo, dejando atrás el encastillamiento feudal y monacal del románico.... Las agujas catedralicias de Burgos y Toledo hacen seña y enseña a las de Colonia y Maguncia, mientras Beatriz de Suavia pone un lirio de jardines nórdicos en la exclusividad adusta de los trigales castellanos. El siglo XIII es brocal de pozo para aguas universales. Pronto, sobre la nuca de la Giralda, va a derramarse el agua ecuménica del bautismo.

Andújar, recibió por anticipado los óleos carismáticos. El hisopo consagrado aspergeó mezquitas y sinagogas, y surge la parroquialidad, que no es otra cosa sino la unión de las gentes bajo las alas maternas de la Cruz. Santa María, la Mayor, es la advocación fernandina por excelencia. Le sigue, San Miguel Arcangel, Patron de las milicias celestes y terrestres, de quien Fernando III es singular devoto. Huelen los artesonados de estas parroquias matriciales, a tracerías de cedro toledano, que tiene tanta prosapia y más onomatopeya que el rito de Roma.

Imaginamos al pastor de Colomera, con su nombre de romance, JUAN DE RIVAS, comunicando humilde y gozosamente su milagro por el Andújar fernandino de 1250. Como seguridad y exponente del

milagro, muestra aquél su brazo, manco de antiguo, que ha recobrado la elasticidad, quizá, —más que la elasticidad—, la integridad. Hay una conmoción alborozada de milagro, por aquella incipiente unidad hispánica, que se va comiendo la tajada menguante del Andalus. A la Empresa guerrera, le faltaba la empresa milagrosa: la teo y la geo, van uniéndose hasta llegar a una tridimensión: la teo-geo humanidad, consolidada plenamente en Juan de Rivas, que si por una parte nos invade con la geografía de su procedencia, —la Colomera de su natalidad; la Arjona de su cautiverio; el Andújar de su humildad pastoril,— por otra, nos teologiza con el prodigio de campanas y candelas, sones y fuegos metafísicos precursores de la venida de la Señora, letanía iliturgitana antes que letanía lauretana; ¡...Mater ignis...! ¡Mater cimbalus! — hasta llegar a la secuencia de la reparada manquedad, con que la anatomía vence a la geografía; el humanismo a lo teológico, y la vida entra en un cauce que nos permite vivir la exactitud de la fecha sin anular el aletazo de la leyenda...

Desde que Juan de Rivas entabla su diálogo humano con la Virgen Santa María, Andújar entra en el proceso de su veracidad histórica. Letra inicial en el folio de las exactas verdades, es la primera piedra del Santuario erigido en el cerro del Cabezo,

en los primeros años del siglo XIV, con el que se va fijando la fluctuación de la leyenda y creando las dos hermandades que habían de ser aspa crucial en el proceso humano de la devoción divina: la Hermandad monacal o sedentaria, y la Hermandad romana o fluctuante.

En el libro de Salcedo Olid, se dice:

«—Trataron de edificar el templo con todo aliento y fervoroso espíritu, ofreciendo no sólo copiosas limosnas los ricos y los pobres sus personas para trabajar en la obra, sino los gobernadores y capitanes sus sueldos, y los caballeros sus caudales»—.

Esta es la más perfecta teoría expositiva que cabe hacer del humanismo: ricos y pobres con su óbolo en doblas o en maravedíes; artesanos con sus escudras para entallar los sillarejos, y sus yunques y martillos para batir el hierro de cancelas y rejerías; gobernadores y capitanes trayendo los sueldos ganados en Argel, en Orán, en el Milanesado, en las Marcas hispánicas; en las tierras de aventura que aún no pasan de las Islas Afortunadas; caballeros linajudos, aportando el oro y la plata de sus cofres antañones; la seda y los ormasíes valencianos para las sacras vestiduras; las alfombras y tapicerías conqueses para cubrir la frialdad de los muros capitales;

la joyería, ornato de manos de dama, para ensortijar el cogollo de cálices y copones. Humanismo jienense, cuando todavía, en lo bajo del Andalus, priva el individualismo oriental, el hermetismo de la casta, el dolor del látigo sobre el lomo del esclavo; el cielo de privilegio para los Santones ritualistas; las Alhambbras inaccesibles; los almuecines donde el fervor es solamente un grito que crispa los labios sin rozar las telas del alma...

¡Pero el siglo XIV hispánico, es el puro florecimiento de la Hermandad! ...Escribió Romain Rolland, que «la religión no es nunca una obra consumada; es el acto y el deseo de obrar sin descanso; es el borde del manantial, no el estanque», y este río de aguas fluidas, incansables, es el que refleja la cara morena de Santa María y, a su lado, las siluetas del guerrero, del monje, del artesano, del dadivoso, del iluminado, del hombre que aporta su individualidad al don de la colectividad y su microcosmos, al macrocosmos de lo hispánico, que empieza a consolidar su nebulosa teo-geográfica en la concreción de fe y de patria, tangibles y audibles como personalizaciones humanísticas y no como abstracciones ontológicas disueltas en la vaguedad del instinto.

Juan de Rivas, mínimo y dulce como Francisco de Asís, simboliza el humanismo, —la humanidad— de Jaén puesto en pie y caído de rodillas en el cerro

del Cabezó andujareño. Poco tiempo estará solo, en su éxtasis, el pastorcico iluminado. Hasta los señores Reyes de Castilla, han sabido la prodigiosa aparición de Nuestra Señora y el impetu erector de su Santuario. En el «Libro de la Montería» del señor Rey Alfonso onceno, dado a las letras y a la caza como su padre Alfonso el Sabio, anota que «Sierra Morena es un buen monte de oso et de puerco en invierno et comienzo de verano, y a tres leguas de Andújar, en la sierra de allende la foz del xándula, es la sierra de Sancta María, que está man derecha del camino que va de Sancta María a Malagón, y es allí donde se encuentra el solemne templo de la Sacratísima Virgen María».

—¿Quién, o quienes pueblan este «solemne templo» escondido entre los breñales que está a man derecha del camino que va de Sancta María a Malagón?

Nos encontramos, necesariamente, con la otra gran forma del humanismo medieval hispánico: el monacato; la comunidad monástica, a cuyo cargo se espabila la llama de la fe y la mecha oscurecida de los sabores. El fraile medieval, es el soldado místico de todas las avanzadas.

—¿Y qué mayor avanzada que este «Cabezó» de la Sierra Morena, por donde se ven las galopadas con-

quistadoras de Alfonsos y Fernandos; «Cabezó» para el águila imperial y cimera que un día volará del negro encinar a la nieve impoluta; de Sierra Morena a Sierra Nevada, enlazando el olor a jara que aroma a Santa María de la Cabeza, con el olor de arrayan que empapa las vestiduras de Santa María de la Alhambra.

En esta época de expansiones guerreras, de conquistadores y cautivos; de redentos e irredentos; de razas que se enfrentan por la posesión de la teo y de la geo, el humanismo crea, a golpes de luz de Providencia, la familia de los **FRAILES REDENTORES**; de aquellos que dan su humanidad a cambio de la humanidad ajena; los frailes que hablan en «algarabía» para entenderse con la crueldad de los opresores y en dulce latín celeste, o en romance furtivo, para consolar de los aprehendidos; frailes que reman en galeras para que no reme el galeote; frailes que mueren lapidados en los playales agarenos, con la canción del «Amigo y del Amado» entre los labios, como el bienaventurado Ramón Lull; frailes que soportan grillos y cepos y que hacen habitación propia de las mazmorras, trocándose por el cautivo y quedando, gozosamente, en prisión que aprisionábale todo, menos el ánimo y el ánimo.

Félix de Valois de la Casa Real de Francia, y Juan de Mata, de la tierra provenzal de los trovadores,

estrenan blancos hábitos en cuya estameña una Cruz pinta un hastil rojo de sangre y otro morado de verdugones, emblema místico de la Redención. Se acercan a todas las fronteras, traspasan todos los valldares, con una fórmula de paz universal en los labios que repiten el eco de los coros angélicos: ¡Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo!

Ha dado comienzo la Orden de la Santísima Trinidad, que bajará a lo largo del sistema ibérico como un trisagio de cruces violáceas y escarlata, a buscar los puertos andaluces, en faenas de humanísima redención, que ya tiene su efectividad en las costas marroquíes en los últimos años del siglo XII, —1199—, y continúa a lo largo del XIII y del XIV, exactamente a la hora meridiana en que Juan de Rivas, topa con candelas y címbalos andujareños que le marcan la ruta de la aparición de Santa María, Madre de Cautivos, desde la peana natural que le brinda el Cerro del Cabezo.

—¿Pensarían los frailes redentores, en su bajada a Sevilla, a Sanlúcar de Barrameda, a Algeciras, a Motril, a los blancos puertos cristianos al aire de Berbería,— pensarían que, pasados 8 siglos redencionales, en que la Cruz de la Trinidad sería lima desgastada en eslabones de cautiverio; en que Fray Juan Gil mojase sus manos libertadoras en las lágrimas redimidas de Miguel de Cervantes; —pensarían, digo,

que pasados 800 años un día, 1 de Abril de 1930, instalarían su refugio cenobítico en el Santuario de Santa María de la Cabeza, por deseo expreso de un Obispo, MANUEL BASULTO Y JIMENEZ, —de prelación anterior en mi Lugo natal— cuya sangre redentora de mártir salpicaría el ara sacra de la Diócesis de Jaén...? ¡La gloria del Padre, la del Hijo, la del Santo Espíritu, corone la frente resurrecta del Obispo Basulto, que instaló la orden Trinitaria en el mirador de redenciones que es el «Cabezo», asomado por igual a las Andalucías que a las Castillas, como un faro de fe que se encendería nuevamente con la sangre redentora de la gesta hispana en la hora de la liberación nacional...!

Ya, el «Cabezo» —que según Cervantes en el «Persiles y Sigismunda», se llamó así por estar en la mitad de un llano libre y desembarazado, solo y sereno de otros montes y peñascos que le rodean—, dejará de llamarse el «Cabezo», para tomar, en bautizo épico el nombre de «CERRO DE LOS HEROES».

El cantar de gesta del Santuario de la Virgen de la Cabeza, no cabe en prosa alguna, ni en medida alguna, y constituye, por sí solo, uno de los grandes hitos heroicos de la humanidad. Volvemos a la acción sustancial del humanismo. Nada de mayor fuer-

za humana, que lo acaecido en el Santuario en los días que van del 18 de Julio de 1936 al 2 de Mayo de 1937, en que el Capitán Cortés, entrega su alma a Dios, con la infinita grandeza de los héroes que implica la conformidad de los Santos y la confianza sublime de los redentores.

¡Ahora sí que la Geografía nos vuelve a la Teología, pues sólo con un conocimiento absoluto de Dios, puede llegarse al grado heroico en que rayó el Capitán Santiago Cortés y aquel puñado de criaturas, —casi convertidos, por obra del dolor, en entes metafísicos, —que aguantan y superan, superando a la muerte— el asedio más cruel de cuantos registran las crónicas hélicas de España, desde Numancia a Zaragoza y Gerona, pintando con su sangre y sus livideces de fiebre heroica, una enorme Cruz trinitaria que signa su mortalidad con su inmortalidad!

Verdaderamente la teología está más cerca de la geografía de lo que parece. Los hombres que viven y mueren en el Santuario de la Virgen de la Cabeza, a fuerza de distensión humana rayan en la naturaleza angélica. ¡Con qué latido responderían, desde el polo de la tierra, las raíces del Duque de Ahumada, fundador de la Benemerita Guardia Civil, a las palpitaciones sublimemente dolorosas y heroicas, —¡no; sublimemente gozosas y heroicas!— del Capitán Cor-

nes y de los suyos, que desde este mirador sagrado de Sierra Morena, exponían el corazón como en una custodia de cristales de roca, a las miradas estupefactas de todo un mundo...! Sólo en España puede darse esta visión suprahumana y precisamente en la España jiennense que está al pie de Bailén, que es el pliego donde se rubrican con sangre los conceptos inmutables de las libertades nacionalmente ibéricas.

Mientras tanto, la sonrisa morena de Santa María, no está perdida. Podrá haberse derrumbado la nave del Santuario; quedarán sobre las piedras los moriscos rabiosos de la metralla; arcos y arbotantes doblarán su espinazo como arcángeles mutilados por el tizón de las fuerzas diabólicas; el «Cabezo» será un manadero de sangre y lágrimas, pero la risa morena de Santa María, no está perdida... ¡Hay siempre un último Domingo de Abril en que el milagro se repite, y por cima de todos los dolores humanos, surge la esperanza celeste, como una cinta de arco iris que va del guijarro a la estrella; de la nada al todo; de lo geográfico a lo teológico; de la fecha a la eternidad; del alma sola, al alma colectiva; de Juan de Rivas, a los primeros mártires de la Orden Trinitaria; de la agonía del Capitán Cortés, al júbilo de la romería virginal y andujareña: porque los hechos se ordenan por el calendario de la teodicea,

y es Dios infinito quien empieza y prosigue el acontecimiento, sin que la miga vanidosa de la mano del hombre pueda borrarlo.

Decía también Goethe, en palabras imborrables: «—¡Acontecimiento! ¡Acontecimiento! ¡Eres la sorpresa de Dios que siempre nos suspende entre la nada de lo que somos y la totalidad de creación que es El!»— A veces, esta creación es recreación. Hemos hablado de dos factores esenciales en la vida humana del medievo: el monje y el romero, y he aquí que cuando creemos, —por nuestra estupidez— periclitadas estas dos células de la vida humanística, el monacato y la romería rebrotan con una fuerza de actualidad tan absoluta, que uno afirmaría que eran creaciones luminosas de vanguardia y no posos encenizados de retaguardia.

¡Romería andujareña hacia el «cabezo» donde mora Santa María de la Cabeza! —¿Cuál es tu punto inicial de fecha y hora de partida?. ¿Qué vía de estrellas, como la del Señor Santiago que pasa por Compostela, guía a tus primeros romeros?. ¿Avanzan hacia tu punto de convergencia los hombres que rezan, mientras ensanchan y unifican España los hombres que luchan?. —¿Qué Señora Infanta viene, prima por tu camino con los pies descalzos?. —¿Qué juglares y troveros se apostan en tus márgenes para

cantar el romance del corazón que se te va acercando?. —¿De qué aire popular y extenso tomó el poeta la copla que dice:

Para hermandades de rumbo
la hermandad de Colomera...
¡para Vírgenes bonitas
la Virgen de la Cabeza...

No hay quien precise los pasos primeros de la sagrada hormigueante cofradía. Seguramente, Juan de Rivas, que vivió más de 90 años, contempló el arrollar de las gentes que venían a postrarse hinojos ante la imagen maternal y remediadora que él encontró entre las valvas de los peñascales... Todo ello, dentro del tapiz confuso y flordelisado del siglo XIV; del ya más figurativo e informativo del XV; de los datos casi topográficos del XVI y del XVII. ¡En estas calendas, sí que ya la romería es totalmente romería!.

Salcedo Olid, relata la importancia del suceso y describe los pasos y jornadas de la singular fiesta marianista. Habla de los caballeros con trajes bizarros y caballos de trenzadas colas que caracolean por el camino; de las damas que llegan en carroza; de los grupos de gentes castellanas que atraviesan la Mancha; de los que vienen de las Extremaduras; de las muchas músicas y cantatas que pueblan los

aires; de la oración; la risa; el gozo; el recogimiento; el fervor; el intrínseco todo que se desparra por la vía romana que va al Santuario de Santa María de la Cabeza. Es fácil leerlo, porque para bien del conocimiento, lo relata el libro del Dr. CARLOS DE TORRES Y LAGUNA, y el volumen anda tan difundido que sería impertinencia querer reseñar lo que está en él fielmente reseñado.

Lo hermoso de todo esto, es que el tiempo no apaga el brillo del cortejo, y que el oro nuevo sigue tan luciente como si estuviere recién acuñado. —¿Acaso es que la sangre heroica, pastor, fraile, capitán, es como una piedra esmeril que mantiene el filo vivo en aquello que suele embotarse con el tiempo?. Todo sigue vivo, cuando la sangre y la voz están vivas, y si la sangre redentora floreció de nuevo en los Terzios de la Guardia Civil, la voz prosigue en la Salve, que sube al cielo desde el plinto forestal de la montaña, y que encuentra, en las oquedades y en las barranqueras, trompetas de órgano para sus grandezas y violines de agua para sus tiple.

¡LA SALVE EN SIERRA MORENA!

...Es la Oración ritual que se reparten a medias, la Cofradía y la Montería... Porque el tercer estado humanístico que aquí tiene pervivencia, es el estado de MONTERO.

El Montero, —como el pastor, como el fraile, como el capitán, como el romero—, tiene, por propio derecho, habitabilidad en el Santuario y en la serraña. En realidad todo Montero es, a un tiempo mismo, pastor y fraile; romero y capitán, como cada uno de éstos, participa de la bienandanza de la Montería. El denominador común que une a todos ellos, es el eslabón de voz de la Salve.

Aun sin querer, me vuelvo a mi Galicia, —¡la Galicia de San Pedro de Mezonzo!— donde la Salve surgió como un himno de filialidad contrita, ante la Virgen que había desplazado a la Venus carnal o a la Ceres floreal, en la roma urbe de Iria Flavia... La Historia tiene engarces insospechados, y he aquí cómo de Galicia parte el hábito sonoro de la Salve, que había de hacerse catarata sonora en la Catedral geológica de Sierra Morena... Pensáramos y traeríamos a colación, criaturas henchidas de voz de fe, que aquí cantaron la gallega Salve del Obispo Mezonzo.

¡Voz de la Salve en las sequías, implorando el agua celeste vivificadora del surco y la espiga, como en aquella tremenda del 1554, en que acontece el milagro de la tullida María de Portugal, que, al solo grito de «¡Virgen! Agua!», hizo que el riego fuese tan abundante, que los campos quedaron saciados y ella, la tullida, incorporarse de su tullidez como otra es-

piga vivificada por la lluvia... La voz de la Salve en las pestes, como la de 1598, de tal virulencia que hubo de prohibirse la romería por temor a los contagios,—«mandando que se pregone que ninguna persona de cualquier calidad que sea, no salga de esta villa a sé hallar en la dicha congregación y junta que se face en Santa María de la Cabeza, so pena de mil maravedies a cada uno que lo contrario hiciere, y que no sea recibido cuando volviese en esta villa por término de 2 años cumplidos»—. Ley que dio el Cabildo de Arjona, ante el furor de la peste y el fervor de los romeros, que en este año de 1559, no cantaron la Salve, sino que la lloraron con todos los sollozos de la ausencia...

¡Voz de la Salve, cantada en la otra sequía de 1605, por la voz tonante de Don Sancho Dávila y Toledo, Obispo de Jaén, que subió descalzó al cerro del «Cabezo» y tanto lloró que las lágrimas le hicieron surco de sangre en las mejillas, y como tanto llovió luego, el Obispo, —casi ciego por aquel llanto,— regaló a Santa María un vestido verde, de brocado de Milán, color de los campos florecidos, y 100 ducados de plata para el óleo que había de alimentar la llama de sus lampadarios... ¡Salves... Salves y Salves!... De Cautivos en el moro; de marineros que habían conducido el góndola por los tifones de los mares ignotos; de indios que volvían del Perú o de nue-

va España, escapados milagrosamente de la india...; Salve maravillosa del príncipe moro Muley el Jeque, hijo del rey de Fez, que —de repente— deja la secta mahometana y se cristianiza, sintiéndose empapado, antes de su bautismo, por el agua lustral de la risa de Nuestra Señora... ¡Salve de la humilde madre campesina con un hijo en cautividad en las sentinas de Argel, que al llegar en la oración a aquello que dice «vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos», es ella la que los vuelve espantada y casi desvanecida, porque por el aire, le viene su hijo, libertado de prisiones, como un Arcángel Gabriel, resplandeciente e intacto, pero aún con las argollas agarradas y las cadenas rotas en los pulsos de manos y tobillos...

¡Salves y Salves y Salves...! —para alegría de Pedro de Mezozzo—, subiendo como un olor de mirra desde el «Cabezo» incendiado de amor, donde está la «Morenica» de Sierra Morena...

Y la Salve, sigue y prosigue todavía. Son pueblos enteros los que la cantan, porque pueblos enteros se despueblan para venir a la Romería...

BAEZA, con toda la gracia renacentista de su gótico-isabel... BAIEN, de puntillas sobre los senderos de sus heroicidades; LINARES, reluciente a filones de plomo casi argenteo; SABIOTE... COLOMERA... MARTOS, —reflejado todo en verde de

olivares—... ALCALA LA REAL... RUTE... ARJO-
 NILLA... PUERTOLLANO... LOPERA... ARJO-
 NA... TORREDONJIMENO... MARMOLEJO...
 VALENZUELA... CAÑETE DE LAS TORRES...
 HIGUERA DE CALATRAVA... MANCHA REAL...
 MENGIBAR... VILLANUEVA DE LA REINA...
 CASTILLO DE LOCUBIN... ALCAUDETE... BE-
 NALJA DE LAS VILLAS... SANTIAGO DE CA-
 LATRAVA... JAMILENA... MONTILLANA... y
 tantas y tantas villas jiennenses, cordobesas, granadi-
 nas, manchegas, valencianas, madrileñas..., multipli-
 cadas en la rosa de los vientos; serpenteando por
 la «cuesta del madroño»; espejeándose en el agua
 del Jándula, y cantando el gozo de la Salve que pren-
 de en los encinares alas de Arcángeles y pone en lo
 hondo de las barranqueras, trémolos de mártires e
 inspiraciones de profetas...

¡DIOS TE SALVE, REINA Y MADRE
 DE MISERICORDIA!

Esta es la Salve canónica, ecuménica, litúrgica,
 dogmática, esencial... La Salve que es siempre la Sal-
 ve, porque el Obispo de Iria Flavia, habló por boca
 del Espíritu Santo. Pero a esta Salve, —indiscutible
 y perdurable—, se une la Salve de los Poetas... Y
 es que el dogma, se completa y se agracia con la

Poesía, que al fin y al cabo es un don carismático
 que vierte Dios sobre la sensibilidad de los elegidos...

Poesía, —dijo Paul Valéry—, «es la ambición de
 un discursir que aspira a verse cargado de más senti-
 dos y ungido de más música que el lenguaje usual
 lleva o puede llevar consigo»—.

Santa María de la Cabeza, tiene su Salve Dog-
 mática y su Salve poética; y si la una vino del fervor
 iluminado de Pedro de Mozonzo, la otra viene del
 claror poético de JAIME DE FOXA, Hermano Ma-
 yor y Cantor Mayor de esta Hermandad, que ha
 añadido un nuevo sentido y una nueva música, al
 sentido y a la música de los siglos que han dicho
 «¡Salve, Regina...!».

La Salve de Jaime de Foxá, es la contribución del
 corazón poético de los hombres de hoy, al pasmo
 de fe y de belleza que es la Romería de Santa María
 de la Cabeza... Pasan, a lo largo de los siglos, trove-
 ros y poetas que cantan los «doores» de Nuestra Se-
 ñora...

Los Argensola que, nacidos en Aragón, loan a la
 Virgen del «Cabezo» andujareño... Don Pedro Cal-
 derón de la Barca, con todo su peso dramático y teoló-
 gico, escribiendo conceptos de amor en «autos» tea-
 trales en honor de la celeste Señora...; Baltasar del
 Alcázar, que olvida su «Cena Jocosa» y canta el sa-

grado banquete del amor de María...; ¡tantos y tantos ingenios como adelgazan el hilo de su inspiración para tejer el tul de una rima que aprese el diamante virginal enclavado en la fronda verde y áspera de Sierra Morena...!

Pero estaba reservada a Jaime de Foxá, decirle a la Virgen la *SALVE POETICA*, que tiene hermosura del Cantar de los Cantares:

«—¡A Ti llamamos, Señora de las pedrizas y de las umbrías, los desterrados de Eva, que vemos en Vos la luz inmaterial que ilumina los riscos...!—».

«—¡Vuelve a nosotros esos tus Ojos misericordiosos, para que la fuerza de tu amparo se extienda a los lejanos alcornoques de Hornachuelos y de la Sierra de San Pedro; a los bravíos montes de Ciudad Real y de Toledo; a las nieves del pirineo y de cantabria, donde unos hombres de buena voluntad, adorando a la creación entera, en Ti adoran a la más alta y tierna de las criaturas...!—».

¡Jaime de Foxá...! ...Yo veo como, bajo el cristal purísimo de este cielo se acerca a ti mi santo coterráneo, San Pedro de Mezonzo, y bendiciéndote con su mano donde fulge la gema de la episcopalia, te dice

en una lengua sin palabras, pero que a mí me suena a música enxebre, y que dice una verdad incontrovertible:

—¡«Dios te bendiga como yo te bendigo, mi hijo Montero Mayor y Poeta Mayor, porque añadiste a la salve aquello que yo no dije, completando, —con tu ambición de amor, lo que a mí se me quedó en el corazón, porque era el poso de fervor y de belleza que Dios reservaba para que lo dijese tú...!—»».

...Por ti, Jaime de Foxá, Hermano Mayor de esta Cofradía, ocho veces centenaria, vengo yo a prender mi voz pregonera, carnosita como una camelia de mis pazos gallegos, en el faldellín que viste Santa María de la Cabeza... Si como gallego te lo sé agradecer, en nombre de todas las advocaciones marianas de Galicia, —¡en nombre de Nuestra Señora de los Ojos Grandes, que preside con su mirada románica la vida de mi Lugo romano y románico!—, como Gobernador Civil de Jaén, aún te lo debo agradecer más profundamente... Los cargos gubernamentales, se descargan con estas delicadezas. Sobre el hombre que gobierna una provincia, pesan y pasan tantas cargas y tantas cosas, que precisa un día de exaltación metafísica para que el corazón se le vuelva a ilusionar y a palpiar con todas las sangres de lo imposible posible... Cantar, pregonar a Santa María de la Cabeza, ha sido este año

mi posible imposibilidad. Posible, porque has querido tú que sea posible; porque tu dignidad de Hermano Mayor te ha hecho concebir la idea magníficamente pensada, de que no yo, Juan Manuel Pardo Gayoso, hombre como los demás en el conjunto de esta hombría, sino el GOBERNADOR PROVIN-CIAL DE JAEN, con lo que significa el cargo que España me otorga y me encomienda, sea quien pre-gone la fiesta romera de Santa María de la Cabeza, poniendo mi voz —que es la voz oficial de Jaén,— bajo el tornavoz del cielo de la sierra, y mi corazón,—que es corazón de España en Jaén—, sobre este «Cabezo» nacional donde el milagro y el heroísmo se dieron cita para asegurar la inmortalidad triunfan-te de España...!

¡Gracias, Jaime de Foxá, por esta delicadeza de tu Cofradía y tus Monteros para mí, en lo que soy y en lo que represento sobre estas tierras adorablemente metidas en mi sangre y en mi deber, que es Jaén... ¡El Jaén de Andújar, que es como centuplicar el nombre de Jaén...!

...Yo quisiera haberos hecho sentir lo que yo siento por esta advocación de María y por este Santuario de la Hispanidad. El temblor que pone en mi sensi-bilidad galaica la humilde condición pastoril de Juan de Rivas, y la enorme admiración con que me abruman los frailes redentores; los de la Cruz vio-

leta y escarlata; los que hicieron posible que se escribiera *El Quijote* que, sin ellos, hubiese quedado non-nato, hecho sobra de sueño en los calabozos ar-gelinos... El júbilo que me produce la Romería,—esa rueda de colores y fervores que gira sin cansan-cio durante siglos y siglos,— y el respeto casi telúrico que me cae en el alma cuando piso bajo las bóvedas donde están enterrados los hombres de la defensa hispana, que podrían estarlo bajo el Capitolio de Roma como cenizas sin superación en la historia de las inmolaciones patrias...

¡Yo hubiera querido tantas y tantas cosas...!, ¡poner la diana tan alta, que cada uno de vosotros hubiera sido una flecha de entusiasmo clavada en el corazón de la estrella más madrugadora...!, ¡esa es-tella matutina! que se hace saludo de luz para Santa María de la Cabeza...

Perdonad si no ha sido posible todo lo que yo soñaba... Ahora bien: lo que yo os afirmo desde esta tribuna, que tiene por fondo siglos y siglos de pro-fundidad teo-geográfica y teo-política, es que mi con-dición de hombre se enorgullece de formar parte de ese «humanismo» que está en vosotros; que vuestra teología, palpitante en la Salve, enorgullece mi ra-cialidad gallega; que vuestra geografía, planificada en esta Sierra Morena, sujeta mis raíces y me pega a vuestro suelo haciéndolo mío; y que en mi condi-

ción de hombre político, de hombre que ostenta una primera perarquía provincial, estoy al servicio absoluto de Jaén; de todos y cada uno de sus pueblos; de todos y cada uno de sus hombres, y que hoy, en este Andújar milenario, cuyos obispos arrancan de la raíz de mi Patrón el Santo Señor Santiago, hago íntimamente el voto teo-político, —¡Dios, en las acciones de los hombres!— de seguir entregado plenamente a vosotros, con insistencia redentora, con heroicidad de hombre de la gesta de España que aún no ha acabado; con un ¡Salve Regina! en la boca del corazón, y una mirada constante para este ANDUJAR, porque quien a Andújar mira, mira a Nuestra Señora Santa María, y el que mira a la MADRE mira al HIJO, y no puede esperarse más que buena voluntad en el hombre que mira, humilde pero cara a cara, sin rubor de mala acción consentida, a Dios Uno y Trino, que es Omnipotencia, que es Sacrificio y que es Amor...!

HE DICHO

Se acabó de imprimir el 19 de Abril de 1968, Festividad de San Hermógenes, en los talleres «Gráficas Nova, S. A.», Maestro Bartolomé, 5 - Jaén

Depósito Legal, J - 17 - 1968

